

en los análisis que se hacen de películas (*Rebellón en Haití, Boinas verdes*) o de los cuentos de la buena pipa, y aun del realismo socialista, que ocupa el apéndice II, sin duda, la parte más meridionalmente clara de todo el libro.

Darío Villanueva, en su reciente y agudo estudio de *El Jarama* (2), cita en la bibliografía cuatro libros inéditos de Rafael Sánchez Ferlosio: tres novelas y un ensayo; éste, con el título de *El derecho narrativo*. Nada nos dice, sin embargo, de estas *Semanas en el jardín* (perdón, del jardín), a pesar de que están escritas hace por lo menos cinco años (cf., página 159). ¿Se tratará entonces del ensayo citado, que ha sufrido una modificación en el título? ¿O más bien fruto del abinco con que Sánchez Ferlosio ha ido anotando todas sus cogitaciones en cuadernos manuscritos durante más de tres lustros, según nos informa Juan Benet en el prólogo a la edición de *Alfanhué* en la «Biblioteca Básica Salvat»? Sea como fuere, no cabe duda de que nuestro autor, con la publicación de esta «primera semana», ha querido dar la razón a uno de sus estudiosos, Luis de Yra-

(2) Darío Villanueva: «El Jarama», de Sánchez Ferlosio. Su estructura y significado. Universidad de Santiago de Compostela, 1973.

che, que ha considerado el estilo de sus estudios como paradigmático, por cuanto tiene de revolución en la prosa castellana, que se ha convertido en más compleja y retorcida para poder expresar mejor las sutiles y alambicadas especulaciones de la intelectualidad de la posguerra (3).

La publicación de esta «primera semana» nos devuelve, en cualquier caso, a un escritor singular, por todos los conceptos, en el panorama de nuestra literatura actual, y cuyo larguísimo silencio había convertido en mítica su personalidad. Esta nueva toma de contacto con el lector no podrá por menos que resultar beneficiosa (para el lector, desde luego). El discurso sobre «el derecho narrativo» que nos ofrece Ferlosio es un discurso de difícil lectura, qué duda cabe, al menos para un crítico impresionista e intuitivo como el que firma estas líneas. El apéndice II, ya referido, es un análisis lúcido y cruel sobre el llamado «realismo socialista», análisis que, curiosamente, toma como ejemplo la novela de Turgeniev *Padres e hijos*, por ser ésta una típica novela de representantes (a pesar de que, puntualiza Ferlosio, no deja de

(3) Las referencias de Juan Benet y Luis de Yrache las he tomado del citado estudio de Darío Villanueva.

leerse con interés y agrado). La «segunda semana», de próxima aparición, bajo el lema «Splendet dum frangitur», discursará sobre la Historia, según nos informa en esta primera el propio autor. Yo pido ya que Dios nos coja confesados. Y también que contenga un apéndice tan lúcido y cruel como el del «realismo socialista» sobre el «realismo falangista», que en nuestro tiempo y país causó más estragos que aquél, y al cual Sánchez Ferlosio debe conocer como la palma de su mano. ■ MARTIN VILUMARA.

«La guerra ha terminado»

Manuel Barrios —nacido con la Dictadura de Primo de Rivera en la «luminosa claridad» de las salinas gaditanas— ha hecho suficientes méritos a lo largo de buen número de años y libros para ser conocido de buena parte del público lector español, no sólo por la calidad que pueda entretenerse en su obra literaria, sino también por cierto sarpullido que algunos de sus libros han levantado en determinadas esferas de nuestra sociedad, sobre todo a niveles de ciertas fuerzas vivas del Sur español. E incluso a otros niveles, y buena prueba de ello es su libro «Carta a un ex ministro», secuestrado por la Administración, merced a cuya medida cautelar se encuentra pendiente de proceso.

Conocido novelista y poseedor de una rara habilidad para adornar su idioma de singular gracia, encontrar el quiebro de una frase, adoptar una sintaxis precisa y no por ello menos fluida, Barrios, para mí al menos, cuando se ha enfrentado con la novela —por ciertas prisas quizá, por esa inquietud, puede, que es madre de su forma de vivir— se ha quedado, en ocasiones, demasiado a flor de piel. Nos ha contado la vida que ven los ojos, pero no ha llegado a diseccionar —yo diría que porque no ha querido



Manuel Barrios.

(y sus razones tendrá) más bien que porque no ha podido— la otra vida subterránea que gravita en el juego de los espejos de todo personaje, y cuyas zonas subyacentes es preciso diseccionar para dar el concepto de los porqués en cada instante.

No ocurre esto, por el contrario, cuando Barrios se enfrenta con ese difícil (pequeño, dicen algunos) y gran género narrativo que es el cuento, donde ha de disponerse, aparte de una pluma con decisión y hondura en la fibra del sentimiento, con un poder de relator, una capacidad exacta de la síntesis y una visión globalizadora del mundo pergeñado en elocuentes trazos, para dar opción al lector de penetrar en la obra objeto de relato sin titubeos ni digresiones, tomando el pulso vivo de lo que se cuenta desde la primera secuencia.

Revolviendo —según manifestación propia del autor— entre los cientos de cuentos que quedaban en carpetas y cajones de su mesa de trabajo, Barrios hizo una noche borrón y cuenta nueva de relatos muy diversos, correspondientes a diversas épocas de su vida literaria. De esta limpia y consecuente selección nacería un volumen de relatos salido a la calle en el presente año (1).

Recordando alguno de estos cuentos, he de

(1) La guerra ha terminado, de Manuel Barrios, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, número 26, 1974.

volver necesariamente a mi apreciación primera acerca de la capacidad de Barrios para la creación literaria en este género, ya que una de las muestras más excelentes de dicho libro la ofrece —a mi entender— precisamente un brevísimo cuento —tan sólo una página del libro—, titulado «Al filo de la madrugada», donde, con el planteamiento de tres planos de la acción —la constante de los hechos externos, marcada por esa reiteración morosa en la descripción de la lluvia que el padre mira, casi convertido en piedra; la melopea de la madre, que se expresa en un monólogo obsesivo, y la realidad de la de la muerte del niño—, sintetiza toda la tragedia de un bombardeo absurdo e inútil.

Y al margen de sus cualidades estéticas a la hora de marcar su precisión fabuladora, la intencionalidad del autor, la toma de conciencia que expresa la convicción inapelable de una postura.

Muchas veces se han perfilado pronunciamientos acerca del compromiso del autor, así como sobre la asepsia que debe englobar la obra de arte. Dos conceptos en constante pugna acerca de los cuales los enunciados se han establecido a gusto de todas las posturas.

Indudablemente, la ideología conceptual de todo escritor ha de verse reflejada en la obra que éste perfila, ya que

pretender la desideologización del artista vendría a ser algo así como tratar de cortar las raíces de un árbol y presumir que éste pueda seguir dando frutos. Otra cosa será exigir del artista, para admitirle naturaleza de tal, que los resortes de su disciplina prevalezcan siempre sobre su «idearium» ideológico, ya que sólo así habrá cobrado la entidad suficiente para llegar a la circunvalación totalizadora de la obra de arte.

Y partiendo de estos supuestos, entiendo: Barrios ofrece la dimensión de su pericia narrativa casi en totalidad, si bien pudiera decirse que las épocas diferentes en la creación de los relatos que configuran el libro comentado —no aparecen las fechas— pudiera romper algo la unidad de «convicción» respecto a los planteamientos que el propio autor se establece. ■ FERNANDO ALVAREZ PALACIOS.

Psicoanálisis y novela

La narración como problema viene atrayendo la atención de casi toda la crítica bajo distintos puntos de vista y presentando una gran variedad de enfoques. De todos ellos, el de concebir la narración como un lenguaje ha sido el centro de interés en toda bibliografía especializada sobre el tema. Sin embargo, se ha venido equiparando también la narración no sólo a la lingüística, sino a la lógica, al folklore y a los más recientes planteos antropológicos, tratándose —con mayor o menor fortuna— de encontrar en la estructura narrativa, si no la razón de ser del género, por lo menos una significación emergente de su propia organización. En momentos como éste, de evidente tendencia, Marthe Robert (1) se aparta del gusto más o menos general de la crítica para plantear una original y valiosa interpretación acerca del problema.

(1) Novela de los orígenes y orígenes de la novela. Taurus. Madrid, 1973.

